
LO NATURAL: UN CONCEPTO ENIGMÁTICO

TERESA KWIATKOWSKA

ABSTRACT. The term “natural” has long been one of the key concepts within contemporary political, moral, legal and consumer discourse. A central issue of many theoretical disputes and conservation-restoration practices revolves around the “naturalness” of living organisms, species or ecosystems. The applied questions lead to metaphysical inquires about what makes a thing natural. Ever since classical times there have been many endeavors to specify what natural means, yet we still lack a clear, unambiguous conception of this concept. We cannot expect to make progress in environmental moral and political reflection and practice until we clarify the concepts that are employed in our arguments.

KEY WORDS. Natural, semi-natural, artefactual, landscape, individuality, culture, climate change, environment.

En la época actual, los cambios antropogénicos en el ambiente natural han llegado a ser tan cuantiosos que es imprescindible replantear nuestras teorías y prácticas. A pesar de esa necesidad, las aparentemente novedosas ideologías éticas y políticas ambientales comúnmente se originan en conceptos ambiguos y anticuados que aprisionan nuestro pensamiento y, por tanto, también nuestras acciones. Políticos, filósofos y mundo de negocios aprovechan esta confusión o desacuerdo sobre el significado de los conceptos y todos ellos —apoyados en argumentaciones semánticas, etimológicas, históricas y políticas— escogen su propio modo de interpretarlos conforme a sus propios intereses y juicios preconcebidos.

Los conceptos de ‘naturaleza’ y ‘ambiente’ se han reconstruido completamente; no obstante, han retenido su poder mítico y debilitante dentro del movimiento ambientalista y la opinión pública en general ¹. Sin lugar a dudas, en el discurso político, en la moral contemporánea y en la vida cotidiana, la gente se ve obligada constantemente a elegir entre lo que se considera ‘natural’ y lo ‘no natural’ o ‘artificial’. Estos conceptos forman parte de muchos argumentos dentro del discurso y la práctica ambiental-

Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México. / tkwiatkowska@yahoo.com

ista, aun cuando no son directamente abordados. La cuestión central de varias disputas teóricas y prácticas de conservación-restauración gira alrededor de la “naturalidad” de organismos vivos, especies o ecosistemas.

Las cuestiones éticas conducen a una indagación metafísica sobre la esencia de lo natural. ¿Qué es lo que hace que algo sea “natural”? Al parecer no hay evidencia de que los ecosistemas naturales, prístinos o heredados, muestren propiedades de estructura, función o diseño, que difieran de otros menos “naturales”. Se puede asumir entonces que las especies, hábitats y ecosistemas relacionados con las áreas dominadas por los seres humanos tienen un valor intrínseco —que reclama protección y respeto— equivalente o igual a los sistemas más “naturales”. La creencia de que no hay una diferencia de valor intrínseco que separe a las especies, hábitats y ecosistemas “más naturales” de las “menos naturales” corresponde al hecho de que no se puede distinguir entre ellos ninguna diferencia biológica. Sin embargo, esta cuestión es una de las más debatidas dentro de los círculos de la ética ambiental.

Puesto que el término “natural” ha sido central en la vida humana, debemos intentar descubrir su connotación histórica y contemporánea; el papel moral y político del término “natural” y conceptos relacionados ha sido considerable en nuestra historia. Desde los tiempos clásicos, numerosos escritores reflexionaron de muchas maneras sobre la relación entre el mundo humano y el natural, frecuentemente con una preocupada conciencia de que las definiciones claras son difíciles de lograr. En 1686, Robert Boyle escribió:

Confieso que podría desear sinceramente que los filósofos y otros eruditos (a los que con el tiempo el resto seguirían) introduzcan, por consentimiento común (aunque quizá tácito), algunos términos y expresiones más significativos y menos ambiguos en el espacio de la muy licenciosamente abusada palabra naturaleza [...] y donde deben utilizarla, agreguen una que otra palabra para declarar en qué sentido claro y determinado la usan².

Los conceptos de “naturaleza” y de lo “natural”, contruidos por medio de nuestra experiencia de la naturaleza, han variado considerablemente a lo largo del tiempo en las diferentes culturas. Lo natural representa y ha representado “lo que es dado, estable y ordenado, o lo que se ha perdido y tiene que ser recuperado por medio de la acción radical. La naturaleza ha sido la obra divina e inigualable de Dios, ‘el trono exterior de la magnificencia divina’, el reino de lo amoral y de lo inculpable y el producto del pecado marcado por el incesante sufrimiento³”. Las cosas eran naturales o sobrenaturales. Las sobrenaturales eran consideradas “inmateriales, simples, indivisibles, incorruptibles e inmutables”. Las naturales eran

“materiales, compuestas, divisibles, corruptibles y mutables”⁴. El cambio era la esencia de lo natural.

No cabe duda de que el significado de un término se altera al paso que cambia nuestro conocimiento del tema. Los usos contemporáneos del concepto difieren considerablemente de sus elucidaciones históricas. En consecuencia, es de vital importancia revisar los conceptos que utilizamos al diseñar las políticas que conducen a la conservación de los ecosistemas y sociedades.

E. Mayr sugirió que los filósofos deberían olvidar su aversión a las definiciones y tratar de comprobar, por medio de definiciones precisas, si los términos que utilizan son apropiados. Esto pondría fin a un sinúmero de controversias dentro del *corpus* filosófico⁵.

En 1989, Bill McKibben anunció “el fin de la naturaleza”:

Hemos transformado la atmósfera y por lo tanto estamos cambiando el clima [...] Al cambiar el clima, hacemos de cualquier lugar sobre la Tierra un producto del hombre y artificial. Hemos privado a la naturaleza de su independencia y esto es fatal para su significado. La independencia de la naturaleza es su significado; sin él sólo quedamos nosotros.

No hay más naturaleza “por sí misma”⁶. Al parecer, el problema no es un fenómeno reciente; es tan antiguo como la ocupación humana de la Tierra. W.F. Ruddiman⁷ sugirió que las prácticas agrícolas de nuestros ancestros, la tala de bosques y la irrigación de campos, inició el calentamiento global hace miles de años, mucho antes de que utilizáramos el carbón o condujéramos automóviles. El clima varía. Cambia en la escala temporal de milenios entre las épocas glaciales y en la escala más corta de siglos entre, por ejemplo, un periodo medieval cálido y la época del frío posterior (1300-1850). Estos cambios representan, según asumen los científicos, las variaciones naturales del clima. Incluso, mientras que los datos del siglo veinte confirman un aumento de temperatura global, ningún análisis puede constatar con certeza que este fenómeno no es natural⁸.

El cambio climático, natural o no, puede afectar la vida en la Tierra, puede provocar enfriamiento o calentamiento, huracanes tropicales más violentos y alterar la vegetación regional, entre otros fenómenos. Puede esculpir el paisaje biótico visible y, con esto, transformar la faz de la Tierra. Si esta es una verdad actual y cedemos a la idea del “fin de la naturaleza”, entonces, ¿cómo se relaciona esta idea con el concepto de lo “natural”?

En 1874, John Stuart Mill en su clásico ensayo *Sobre la naturaleza*, formuló y distinguió cuatro sentidos en los cuales algo puede ser considerado como “natural”. En un sentido, la naturaleza es simplemente la totalidad de las cosas existentes, todo lo que hay en el universo; en otro sentido, es la obra de Dios, distinto de lo humano, mientras que en un tercer sentido, es

aquello que es independiente de la influencia o invención humana, y por último, en el sentido de ser auténtico o fiel a sí mismo. Algunos filósofos contemporáneos creen que todo aquello que obedece a las leyes de la física es igual y totalmente natural, ya que no hay ley o principio natural que los seres humanos puedan trastornar o violar⁹. Para un darwiniano, la idea de un “mundo natural” es redundante. Todo aquello que no es sobrenatural es natural por igual; por lo tanto, el concepto de valor “natural” puede aplicarse por igual a todo. Un predicado, “natural”, que incluye todas las propiedades en acto y potencia no excluye nada. Denotar todo es como denotar nada, al menos nada en particular.

Además, si el concepto incluye a los humanos, todo es “natural” y tiene poca utilidad aparte de ser un pobre sinónimo de “todo”. Cualquier cosa que los humanos hacen es natural, sin importar si lo hacen bien o mal. Las decisiones de un director industrial que violan los reglamentos ambientales son acciones tan naturales como corales alimentándose bajo el mar en Australia. Obviamente, no podremos hacer buenas distinciones y mucho menos obtener buenas pautas a partir de este sentido de “lo natural”. La objeción más contundente a este sentido de lo natural es que tal definición no permite ningún contraste útil con lo cultural; sin embargo, es necesario analizar cuidadosamente esa oposición si es que los humanos quieren relacionarse con la naturaleza de una manera ética, o si simplemente quieren una buena administración racional de los recursos. Las definiciones de Mill difícilmente pueden proveernos de bases para la conservación y la administración. Tampoco ofrecen el sustento para una distinción biológica, normativa o legal entre organismos alterados genéticamente y cultivos agrícolas convencionales o animales domesticados, los cuales son el resultado de siglos de artificio humano.

Hace poco Keekok Lee propuso la existencia de dos distintas categorías ontológicas: lo natural y lo *artefactual*. La primera posee valor ontológico en virtud de la independencia de la intrusión humana, mientras la segunda, al ser un producto de nuestros propósitos, sólo atiende explícitamente a los intereses humanos¹⁰. Se puede visualizar un continuo que tenga como extremos opuestos a la naturalidad y a la civilización. Ambos extremos son absolutos teóricos inalcanzables; no hay lugar sobre el globo terráqueo que esté libre de nuestra influencia; a la inversa, no hay hecho humano que esté al margen de las fuerzas de la naturaleza.

Por su origen, la comprensión de lo que es “natural” es derivada, en su mayor parte, de la tradición romántica que enfatiza la idea de la no intrusión de lo humano. Esto es resultado del mito, comúnmente aceptado, que cuenta que antes del advenimiento de la era industrial el ambiente se encontraba en su totalidad prístino e impoluto. Aquí vemos reflejado el anhelo por aquellos lugares misteriosos e inexplorados, por las tierras y mares infinitamente salvajes, por “la naturaleza silvestre comple-

tamente deshabitada, llena de vida por sus árboles vivos y marchitos”, lugares tanto físicos como metafísicos. Esta naturaleza sublime sólo existe como un otro idealizado del mundo manso y domesticado de la realidad¹¹.

Esta definición excluye a los animales domesticados, los peces cultivados, especies introducidas, todos los hábitats modificados, ríos regulados, bosques administrados, áreas restauradas, etcétera. Todos ellos son artificios culturales y por lo tanto artefactos. Como tales, no poseen valor intrínseco alguno. Sin embargo, antes de proclamar el fin de la naturaleza y de lo natural como consecuencia de la actividad humana, deberíamos estudiar de manera más atenta la historia. En muchos lugares, la mayoría de las plantas y de los animales no son indígenas o “naturales”, sino que se han establecido desde otras regiones lejanas siguiendo el paso de la actividad humana. “Desde el despertar del Holoceno, cuando las condiciones globales que dieron pie a las actuales se desarrollaron a partir de la Edad del Hielo, los humanos siempre han influido en el ambiente natural¹²”. Factores fortuitos, la influencia humana (incluyendo la introducción de especies) y pequeñas variaciones climáticas pueden causar cambios sustanciales en la vegetación y la fauna correspondiente, la biodiversidad de un paisaje dado será distinta de un periodo a otro y ninguna variante es necesariamente más “natural” que otra. Ninguno de los procesos humanamente inducidos reemplazó a eventos y procesos naturales.

Los estudios recientes señalan el gran impacto que las culturas Paleolíticas y Mesolíticas (c. 10 000-4 500 AC) tuvieron sobre la vegetación¹³. El uso accidental o deliberado del fuego se ha identificado como uno de los factores más importantes en el cambio ambiental efectivo. La quema de lo que debió ser un paisaje densamente arbolado originó condiciones favorables para el pastoreo de animales salvajes y posteriormente domesticados¹⁴. Poco se sabe del alcance de la quema en tiempos prehistóricos, pero los efectos que el hombre mesolítico tuvo sobre la vegetación pudieron sobrepasar toda proporción con relación a su población¹⁵.

La flora de la Europa central ha sufrido un enriquecimiento de diversidad a lo largo del tiempo histórico como resultado de invasiones humanamente inducidas de plantas. Los europeos empezaron a cultivar cosechas no indígenas de trigo, cebada y leguminosas hace ocho mil años. Los humanos, sin lugar a dudas, han modificado sus alrededores naturales. Talaron los bosques nativos, secaron los pantanos, domesticaron las tierras bajas y de los páramos hicieron pastizales. Los cambios antropogénicos llevados a cabo por los griegos sobre el ambiente natural son ampliamente conocidos. La hermosa naturaleza que describe Platón en el *Fedro*, “la sombra oscura de los frondosos plátanos; la exuberancia aromática de plantas y hierbas en flor, y la dulce brisa que abanica el chirrido de los grillos” se ha restaurado a su original belleza por medio de reglamentos

estrictos ¹⁶. Los científicos están de acuerdo de que en América Latina “no hay selvas tropicales vírgenes, ni tampoco las hubo en 1492 ¹⁷”.

El paisaje siempre ha sido una creación conjunta del mundo natural y de la actividad humana, interactuando una con otra a través de los siglos. Todo diseño del paisaje es artificial. Por otro lado, ninguna construcción del mismo viola las leyes de la naturaleza. Toda agricultura contrasta con la naturaleza espontánea, pero algunas prácticas agrícolas reflejan al carácter de la tierra y del clima mientras que otras no.

Si lo natural reside en aquellos lugares silvestres que jamás han sido tocados por la mano del hombre, donde ningún tipo de intervención humana ha tomado lugar, entonces hay pocos lugares así sobre la Tierra.

Desde los bosques boreales del frío norte de Canadá y Siberia, hasta las cálidas, húmedas selvas tropicales pasando por los mixtos bosques de hoja caduca, los de pino y mediterráneos, y praderas, estepas y pampas de la zona templada, los cazadores y recolectores estuvieron cambiando la distribución, densidad y composición de los biomedios tanto como seguramente del clima. Fue una coevolución ¹⁸.

G. Peterken distinguió cinco diferentes tipos de “naturalidad” de los bosques: naturalidad original, naturalidad pasada, naturalidad presente, naturalidad potencial y la naturalidad futura. Este autor considera la naturalidad como una variable continua, que va desde lo completamente natural (ciento por ciento natural) hasta lo completamente artificial (cero por ciento natural) ¹⁹. Según su clasificación, lo natural significa que el bosque ha crecido sin administración o explotación directa, siguiendo nada más los procesos naturales acorde con los factores tales como el clima, la geología, la historia, la hidrología y el curso de perturbaciones. Sin embargo, estos conceptos no se pueden aplicar fácilmente a algún bosque en particular, puesto que han pasado milenios desde que el bosque podría ser considerado como originalmente “natural ²⁰”. De igual manera, el término “seminatural”, como derivado de la vegetación natural, se ha aplicado de manera más bien generosa a los remanentes modificados del paisaje, en su mayoría bosques que representan los últimos vestigios de la distribución original de la vegetación. Según Peterken, lo “seminatural” es en la actualidad empleado como antónimo de “plantación” ²¹.

La tendencia de sellar herméticamente el concepto de lo natural, aislándolo del ambiente real, en el fondo obstruye la administración eficiente y apropiada de los recursos naturales y reservas naturales. Gran parte de la naturaleza tiene una vida independiente de las actividades humanas. Los árboles son más que algo que una planta. El mundo que nos rodea, lleno de plantas y animales, domésticos y salvajes, de ríos y montañas, de vientos y lluvias, y de cuerpos celestes que nos envuelven, es un mundo

que todavía pervive a nuestro alrededor. Los ríos podrán estar contaminados, especies de plantas y animales extinguiéndose, las montañas llenas de basura, la lluvia será ácida, los vientos soplar desperdicios tóxicos, sin embargo, todas estas cosas están “allá afuera”, en el mundo real, y seguramente lo estarán aún después de que la humanidad desaparezca. Los ambientes naturales, ya sea como sitios domesticados o desarrollados, funcionan “sin flujos energéticos o económicos directamente controlados por humanos”. Estos son los sistemas de energía solar elementales,

que dependen de la luz solar y otras fuerzas de la naturaleza, tales como la lluvia, el fluir del agua y los vientos, que son una forma indirecta de energía solar [...] Los ambientes naturales no sólo incluyen a aquellos lugares silvestres o prístinos donde poca gente suele ir, sino muchos lugares que nos son muy familiares, como arroyos naturales, ríos, bosques, praderas, montañas, lagos y océanos ²².

La naturaleza se deja ver en las fuerzas geológicas y en la programación genética, es el viento y la incipiente semilla. El mismo concepto de lo “natural” sugiere un proceso continuo, de cambio y desarrollo, que da vida y la sostiene sujeta a sus propias regularidades intrínsecas. Los procesos que gobiernan las entidades “naturales” son radicalmente diferentes de los procesos por medio de los cuales se producen los artefactos culturales. S. Vogel comenta:

La tecnología natural difiere de la humana de manera marcada y extensa. Nosotros erigimos construcciones rígidas y secas; la naturaleza las hace húmedas y flexibles. Nosotros las hacemos de metales; la naturaleza nunca. Nuestras articulaciones giran; las de ella por lo general se doblan. Hacemos maravillas con la rueda y el movimiento rotatorio; la naturaleza construye excelentes navíos, aeroplanos y vehículos terrestres que carecen completamente de ellas. Nuestros motores generalmente giran o se expanden; los de ella se contraen o deslizan. Nosotros construimos grandes estructuras unitarias; las grandes construcciones de la naturaleza son astutas proliferaciones de pequeños componentes ²³.

Podemos intervenir en algunos de los procesos naturales; sin embargo, no hemos sido capaces de reproducirlos por medios tecnológicos.

Teofrasto escribió que la distinción entre plantas “salvajes” y “cultivadas” se debe simplemente a la labranza, ya que ambas pueden ser o lo uno o lo otro. Algunas especies salvajes han sido cultivadas y algunas especies cultivadas se han vuelto salvajes, pero “se puede decir que no es un cambio sino un desarrollo natural hacia una forma mejor o inferior ²⁴”. Sosteniendo que cada planta tiene su propia meta natural, señaló que el crecimiento no asistido pone en evidencia con mayor claridad el *telos* de

los árboles. Entre todos los seres vivientes, es únicamente para la humanidad que el término “cultivado” es en realidad estrictamente apropiado, o al menos al que mejor se aplica ²⁵.

La infinita e inagotable variedad de las cosas naturales es precisamente lo que distingue lo generado por la naturaleza de lo hecho por el hombre. El ser humano no sólo es incapaz de crear bellezas de variedad infinita, sino también cuando se confía a sí mismo, ya sea por pereza, ignorancia o vanidad, se repite a sí mismo. El color real y único de la naturaleza y su infinita variedad es lo que constituye la perfección de las cosas naturales que somos incapaces de imitar. “Estamos rodeados por una abundancia que ninguna habilidad humana puede imitar ²⁶”. ¿Hay acaso algo, un elemento, propiedad de estos llamados paisajes que pueda ser imitado *tale quale*? No lo hay; “imposible” está escrito en diferentes letras en todo el mundo natural ²⁷.

Después de todo, las cosas naturales poseen “individualidad” que el arte no puede imitar; sólo podemos copiar generalidades. Esta individualidad y el carácter dinámico y espontáneo de los procesos naturales yace en el corazón de la “naturalidad” de cada árbol, planta, bosque o pantano y demás, que los hace únicos pues cada uno tiene una historia diferente que contarlos.

- 1 "The Death of Environmentalism"; <http://www.thebreakthrough.org.com>, p. 12.
- 2 Boyle R. "A Free Enquiry into the Vulgarly Received Notion of Nature", in *Selected Philosophical Papers of Robert Boyle*, M.A. Stewart, (comp.). 1979, sec. II (R. Boyle publicó su tratado en enero de 1686).
- 3 Gigliotta, "A. environmental history and the category of the natural", *Environmental History* 2005:
- 4 Dee, J. *Mathematical Preface to the Elements of Geometrie of Euclid of Megea*, 1570, publicado con la introducción de A. G. Debus en 1797.
- 5 Mayr, E. *This is Biology. The Science of the Living World*. The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1997, pp. 58-60
- 6 McKibben, B. *The End of Nature*, Nueva York: Anchor Books, 1989, p.2.
- 7 Ruddiman, W. *Scientific American*, marzo de 2005: 46-54.
- 8 Ver: Willie Soon and Sallie Baliunas, *Lessons & Limits of Climate History* <http://www.marshall.org/pdf/materials/136.pdf>
- 9 Conversación personal con Mark Sagoff.
- 10 Keekok, L. *The Natural and the Artificial: The Implications of Deep Science and Deep Technology for Environmental Philosophy*. Lanham, MD: Lexington Books, Rowman & Littlefield, 1999.
- 11 Thoreau, H.D. *Maine Woods*, Nueva York, Harper and Row, 1987 p. 93-95.
- 12 Dickinson, W.R., "The times are always changing: The Holocene saga", en *Geological Society of America* 107, núm.1, 1995: 1-7
- 13 Simmons, I.G. "Evidence for vegetation changes associated with Mesolithic man in Britain", en Dimbleby, G.W., y Ucko, P. (comps.), *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, Londres
- 14 Véase: Radley, J. "The Mesolithic Period in North-East Yorkshire", en *Yorkshire Archeological Journal*, vol. XLII: 315-327.
- 15 Dimbleby, G.W. "The development of British heath-lands and their soils", en *Oxford Forestry Memoirs*, 23, 1962
- 16 Livio Rossetti, *Thinking About the Environment*.
- 17 Denevan, W. M., "The Pristine Myth: The Landscape of the Americas in 1492", en *Annals, Association of American Geographers* 82, 1992: 369-85.
- 18 William, M., *Deforesting the Earth, From Prehistory to Global Crisis*, Chicago, Londres: The University of Chicago Press, 2003, p.12
- 19 Peterken, G. F., *Natural Woodland: Ecology and Conservation in Northern Temperate Regions*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996
- 20 Williams, M., *Deforesting the Earth, From Prehistory to Global Crisis*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2003
- 21 Peterken, *op.cit.* p. 14.
- 22 Odum E.P., *Ecology. A Bridge Between Science and Society*. Sinauer Associates, Inc., Publishers, Sunderland, Mass, 1996:12.
- 23 Steven Vogel, *Cat's Paws and Catapults. Mechanical Worlds of Nature and People*, W.W. Norton & Company, Nueva York, Londres, 1998:16.
- 24 Theophrastus, *Enquiry into Plants*, II. 2, II-III .I, trad. del inglés de Sir Arthur Hort, Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1968, p. 119
- 25 Teofrasto, *ibidem*, I. 3. 5-IV. p. 29.
- 26 Harding, J.D., *The Principles and Practice of Art: Elementary Art or the Use of the Lead Pencil Advocated and Explained*, Londres, 1834. p. 113.
- 27 *Ibidem*, p. 17.